

Marcellus Emants

UNA CONFESIÓN PÓSTUMA

Prólogo de J.M. Coetzee

Traducción de Gonzalo Fernández Gómez



Willem Termeer, el narrador de «Una confesión póstuma», se presenta a sí mismo como un hombre apático, desagradable e indiferente a todo cuanto le rodea. Hijo de una madre fría y vanidosa y de un padre enfermizo e irascible, uno de sus primeros recuerdos es el de su ingreso en la escuela, donde se sentía como un conejito al que han arrojado a la jaula de las fieras. Sumido en un mar de pulsiones que es incapaz de satisfacer, Termeer culpa de su miserable existencia a sus genes y a una sociedad que se rige por una moral hipócrita. Una sociedad a la que odia y teme con intensidad porque se siente excluido de ella. Su matrimonio con una joven de provincias solo empeorará las cosas y lo conducirá, en última instancia, a cometer un acto del que solo podrá librarse a través del papel.

«Una confesión póstuma» es una de las novelas más relevantes de la literatura neerlandesa y, junto con «Indigno de ser humano», de Osamu Dazai, y «Memorias del subsuelo», de Fiódor Dostoievski, una de las mejores y más perturbadoras muestras contemporáneas del género confesional inaugurado por Rousseau. Publicada por primera vez en 1894, esta obra ha cautivado a escritores como J. M. Coetzee, autor del prólogo y de la única traducción al inglés de esta novela.

Marcelus Emants

Marcellus Emants (Voorburg, Países Bajos, 1848-Baden, Suiza, 1923) recibió una cuantiosa herencia tras la muerte de su padre y, a los veintitrés años, abandonó sus estudios de Derecho y se dedicó a viajar y a escribir. Poeta, novelista y dramaturgo de éxito en los Países Bajos, Emants fundó una compañía de teatro donde se representaron la mayoría de sus obras. En 1894 publicó «Una confesión póstuma», considerada su mejor novela y cuya única traducción al inglés es obra del Premio Nobel de Literatura J. M. Coetzee. Las novelas de Emants han sido comparadas con las de Flaubert, Turguénev y Tolstoi. En 1920 se estableció en Suiza, donde pasó los tres últimos años de su vida antes de fallecer en el Grand Hotel de Baden.

Prólogo de J.M. Coetzee

A mediados del siglo XIX, Holanda era uno de los páramos culturales de Europa. La gran oleada del romanticismo apenas había tenido incidencia en su materialismo auto-complaciente y el país tan solo había producido una obra literaria de altura, la novela *Max Havelaar* (1860) de Eduard Douwes Dekker, una denuncia de los abusos cometidos en las colonias neerlandesas en las Indias Orientales.

Sin embargo, llegado el último cuarto de siglo, las nuevas corrientes del impresionismo, el wagnerismo y el naturalismo comenzaron a bañar las costas holandesas, y en torno a 1880 se produce un auténtico despertar literario: la generación del 80. Entre los profetas designados por los jóvenes integrantes de este movimiento se encontraba el escritor Marcellus Emants, papel que él rechazaría, de la misma forma que habría de rechazar la afiliación a cualquier grupo o escuela.

Nacido en 1848 en el seno de una familia acaudalada de La Haya, a Emants le habían planificado una vida en el mundo de la abogacía. Pero él detestaba las borracheras vacuas y la promiscuidad propias de la vida de estudiante en Leiden, y abandonó sus estudios tan pronto como murió su padre. A partir de entonces comenzó a vivir como escritor autónomo y, para eludir los inviernos holandeses, viajaba al extranjero. Se casó tres veces, siendo su último matrimonio particularmente infeliz. Después de la Primera Guerra Mundial, temiendo la llegada de un gobierno socialista

y una subida de los impuestos, se retiró a Suiza, donde falleció en 1923.

Aunque Emants se consideraba dramaturgo por encima de todo, son sus novelas y sus relatos cortos los que han mantenido vivo su nombre, principalmente *Una confesión póstuma* (1894), *Inwijding* (*Iniciación*, 1900), *Waan* (*Delirio*, 1905), *Liefdeleven* (*Vida sentimental*, 1916) y *Mensen* (*Gente*, 1920). El tema principal de todas ellas es el amor y el matrimonio: amores desengañosos y matrimonios desgraciados. Emants pertenece a una casta de novelistas europeos que, al diseccionar las discordancias íntimas del matrimonio moderno, han explorado también las insatisfacciones de la civilización occidental: Flaubert, Tolstoi, Ford Madox, Lawrence.

Los manuales de historia de la literatura suelen clasificar a Emants entre los naturalistas. Parece encajar en ese grupo porque, al igual que los hermanos Goncourt, muestra interés por las bajas pasiones sexuales de la burguesía, y porque, al igual que Zola, utiliza el lenguaje de ciencias emergentes como la genética y la psicopatología para explicar el comportamiento humano.

Sin embargo, a pesar de que Emants estaba influenciado por los principales pensadores del naturalismo —Taine, Spencer, Charcot—, difiere de ellos en aspectos importantes. Su pesimismo, por ejemplo, se aleja mucho de la fe de Zola en el poder del novelista para guiar al hombre hacia un futuro mejor, y tampoco encontramos en su obra las descripciones concienzudas y sistemáticas del entorno social características del naturalismo. Lo que de verdad le interesa a Emants son los procesos psicológicos, y su estilo es más analítico que descriptivo. El naturalista comprometido recopila un corpus de datos que servirá de base a su *román experimental*, mientras que Emants encuentra sus contenidos del modo tradicional: a través del azar, la memoria y la introspección. Sus afinidades están más próximas a la

vieja generación de realistas europeos, en particular Flaubert y Turguénev.

En 1880, Emants publicó un ensayo sobre Turguénev en el que describe mejor su propia filosofía que la del autor ruso. Durante la juventud, afirma, nos creamos una imagen ideal de la persona que esperamos llegar a ser. Sin embargo, los derroteros que toma nuestra vida no están determinados por ningún ideal, sino por fuerzas inconscientes intrínsecas a nosotros. Estas fuerzas nos impelen a actuar de una forma o de otra, y nuestros actos revelan quiénes somos en realidad. La transición de vivir según ideales imaginados a vivir de acuerdo con aquello que uno ha ido descubriendo de sí mismo, conlleva siempre desengaño y dolor. Y ese dolor alcanza su máxima intensidad cuando vemos hasta qué punto es insalvable el abismo entre el ideal y el verdadero yo.

En aquel ensayo, Emants subrayaba dos cuestiones: la impotencia del individuo ante las fuerzas inconscientes que actúan en su interior y el doloroso desengaño que supone alcanzar la madurez. En Willem Termeer, el narrador de *Una confesión póstuma*, encontramos ambos aspectos: el naufragio irremediable en un mar de pasiones, miedos y envidias, y los intentos desesperados por eludir la confrontación con su verdadera esencia, con el hombre impotente, cobarde y ridículo que su peripecia vital le va desvelando que es.

Y a pesar de todo, según su forma de entender la vida, no se puede culpar a Termeer de ser quien es. Hijo de una madre fría y maliciosa y de un padre enfermizo, irascible y con inclinación por la pornografía que acaba sus días en un frenopático —un «degenerado» según el lenguaje de la época—, Termeer está condenado desde su nacimiento (o al menos, él se siente condenado) a repetir el pasado y convertirse en un hombre voluptuoso con tendencias cripto-sadomasoquistas, temeroso de las mujeres, y a elegir una esposa fría y celosa de sus obligaciones con quien re-

crear el matrimonio desprovisto de verdadero afecto de sus padres, hasta descender finalmente a la locura.

Por lo que respecta a las relaciones sociales, el primer recuerdo de Termeer es el de llegar a la escuela y sentirse como un conejo al que han abandonado en la jaula de las fieras. Allí donde va, siente hostilidad: los demás intuyen que hay algo raro en él y quieren eliminarlo por el bien de la especie. Sus congéneres son bestias salvajes, y la sociedad una enorme máquina de engranajes y ruedas dentadas en la que están condenadas a sucumbir trituradas las personas ineficientes como él.

Desde el comienzo de su narración, Termeer se presenta como víctima: víctima de las leyes de la genética, de la jungla darwiniana de la vida y de una maquinaria social despersonalizada. Su confesión no es solo un ejercicio de análisis introspectivo y exhibicionismo taimado, sino también una súplica desesperada de compasión.

Pero, ¿es Termeer una simple víctima? Su convicción de que todo el mundo lo odia (convicción que, por su propia naturaleza, tiende a cumplirse), también se podría interpretar como una proyección de su propia malevolencia. Antes de cometer su asesinato, Termeer experimenta episodios de furia ciega durante los cuales apenas consigue reprimir su impulso de agredir a su esposa, a quien, a esas alturas, ya ha contemplado violar. Y cuando por fin la mata, no actúa solo contra la mujer que le niega tanto el amor (el amor maternal que tanto anhela) como, en virtud de sus obligaciones para con la institución del matrimonio, la libertad, sino contra toda la sociedad, en cuyo nombre actúa ella de centinela, impidiéndole alcanzar lo que él más desea: el éxtasis. (Al igual que Emma Bovary, Willem Termeer ha leído algo sobre el éxtasis y está convencido de que lo puede encontrar en algún sitio). Y en efecto, sus dardos lingüísticos y los bruscos saltos en su discurso son bastante indicativos de la violencia que alberga en su interior.

En su lucha contra la sociedad, Termeer solo recurre a la acción cuando le fallan las palabras. Pues no debemos olvidar que el documento que nos deja como legado es, de hecho, su segunda confesión. La primera, «una revelación de mis emociones más íntimas, descritas sin ningún artificio», se la ofreció a una editorial para su publicación, pero fue rechazada por «irrelevante». En su fracaso de convertirse en escritor —una ocupación para la que se siente muy cualificado por ser un hombre «enfermo, complicado y neurasténico, inocente para algunas cosas y perverso para otras»— detectamos tal vez la más profunda crisis de Termeer. Si no le queda ninguna vía simbólica para darle sentido a su vida, el único recurso es pasar a la acción. Puesto que la revelación de su yo interior, por estrafalario y atormentado que sea, no basta para obtener prestigio social, tiene que crear algo fuera de él y mostrárselo al mundo para dotarse de sustancia.

Desde este punto de vista, podemos ver a Termeer, y tal vez también a Emants, como herederos de Rousseau, quien inauguró la moda literaria de la confesión laica exhaustiva con sus *Confesiones*. Desde los tiempos de Rousseau hemos visto un crecimiento progresivo del género de la novela confesional, y *Una confesión póstuma* es un ejemplo especialmente genuino del mismo. Termeer asegura sentirse incapaz de ocultar su terrible secreto, por lo que decide poner su confesión por escrito y dejarnos su documento como un monumento a sí mismo, convirtiendo así una vida banal en una obra de arte. En cuanto al autor, ¿qué se propone exactamente con la coartada de investigar la vida interior de este «hombre insignificante», este miembro marginal de la alta burguesía?

Veinte años después de escribir *Una confesión póstuma*, en pleno apogeo de las ideas de Freud, Emants defendió su interés por la psicopatología alegando objetivos científicos. La persona socialmente anómala, apuntó, se caracteriza, por encima de todo, por su incapacidad para censurar y

reprimir las fuerzas que actúan en su interior. Al documentar la expresión de una psique anómala, ¿no cabría esperar que se nos desvelen fragmentos de aquello que la persona «normal» oculta con tanto celo en su interior?

No voy a negar aquí la importancia de la cuestión que plantea Emants. Los artistas nos han enseñado tanto sobre nuestra vida interior como los psicólogos. Pero, ¿son los motivos del artista siempre tan claros y desapasionados como Emants pretende hacernos creer? Marcellus Emants y Willem Termeer no son sujetos independientes: el autor está implicado en los retorcidos planes de su personaje para convertir en oro la hojalata de la que está hecho en realidad.

El discurso atropellado de Willem Termeer, tan franco, tan perceptivo, pero también tan enfurecido, no es nuevo. Ya habíamos oído cosas semejantes al menos una vez, en 1864, en boca del anónimo «hombre del subsuelo» de Dostoievski. Tanto él como Termeer nos relatan sus cuitas y huragan en sus heridas en nombre de la verdad; los dos admiten su conducta exhibicionista, y aunque se odian por ello, no cejan en su empeño. La diferencia entre Dostoievski y Emants es que el primero, después de *Memorias del subsuelo*, con mayor conocimiento de los motivos subyacentes y las exigencias inherentes al género confesional, escribió *El idiota* y *Los demonios*, novelas con las que echaría por tierra las presuntuosas afirmaciones de Rousseau y sus epígonos de haber alcanzado verdadero conocimiento de uno mismo, descubriendo el gusano de la ambición oculto tras la confesión laica fingidamente desinteresada. Emants, un pensador, artista y psicólogo inferior a Dostoievski (¿y quién no lo es?), permanece atrapado en las redes de Rousseau.

J. M. Coetzee
1986

Una confesión póstuma

Mi mujer está muerta y ya ha recibido sepultura.

Estoy solo en casa, yo solo con las dos criadas.

De modo que soy libre de nuevo, pero, ¿de qué me sirve ahora la libertad?

Tengo al alcance de la mano todo lo que vengo anhelando desde hace veinte años —ya he cumplido treinta y cinco—, pero me faltan arrestos para tomarlo. Y de todas formas, ya no lo disfrutaría.

Me da miedo cualquier cosa que pueda desinhibirme: una copa de vino, una pieza de música, una mujer. Porque solo por las mañanas, con el espíritu alerta, soy dueño de mí mismo y tengo la certeza de que no diré nada sobre el acto que he cometido.

Sin embargo, precisamente las mañanas son insoportables.

Incapaz de concentrarme en alguna ocupación, incapaz de interesarme por alguna persona o algún libro, deambulo sin objeto, sin voluntad, por una casa vacía donde tan solo el murmullo indiferente y esquivo de dos criadas quebranta el silencio, como las voces remotas de dos guardianas ante la celda de aislamiento de un loco, y el último rescoldo de vitalidad aún presente en mi interior no me permite pensar más que en una cosa, una cosa que me hace temblar como una ardilla ante la mirada hipnótica de una serpiente. ¿Có-

mo podré soportar una existencia tan miserable, un día sí y otro también, hasta mi último suspiro?

Cada vez que me miro en el espejo —costumbre que todavía conservo— me resulta difícil de concebir que ese hombre tan pálido, tan delgado y tan insignificante, de mirada sombría y mandíbula laxa —muchos dirán: ese esperpento—, haya sido capaz de asesinar a su mujer... Una mujer a la que, a su manera, había querido.

Pero es cierto. Tan cierto como la absoluta indolencia con que he escuchado el llanto de sus padres y la perfecta calma con que, sentado en el carruaje al lado de mi suegro y en frente de mi cuñado, he atravesado las concurridas calles de la ciudad camino del cementerio, tras el cadáver de Anna. Tan cierto como que no he derramado ni una sola lágrima al ver descender el féretro en la fosa, ni al contemplar al padre, destrozado, volver junto a su mujer, viva imagen de la más profunda aflicción. Y tan cierto como que ya estoy de vuelta en casa, esta casa donde todo me recuerda a ella y donde, sin ningún pesar y sin ningún remordimiento, pero sin ninguna alegría y sin ninguna esperanza, voy de un lado para otro, intranquilo, incapaz de permanecer quieto. Y lo único que siento es miedo, miedo de cualquier sonido, miedo, sobre todo, de mi propia voz.

A veces —por las noches, o cuando, en mi delirio, pienso que hay alguien espíandome tras una puerta—, no puedo contenerme más y grito: «¡He sido yo! ¡Yo la he asesinado!».

Pero inmediatamente, temblando de miedo, presa de un frío repentino, abro todas las puertas y busco en todos los armarios hasta convencerme de que mi secreto sigue estando a buen recaudo.

¿Considero entonces el acto que he cometido tan excepcional, tan inaudito, tan horrible? No, me temo que no. Todo ha ocurrido de forma demasiado gradual.

Cuando cierro los ojos y repaso mi vida, comprendo a la perfección los motivos por los que he llegado a hacer una

cosa así, y siento tal urgencia por contar mi historia que he decidido confiárselo todo al papel.

¡Tengo que sacármelo de dentro! Tal vez así me resultará más fácil guardar silencio ante los demás. Y a lo mejor hay alguien, o lo habrá algún día, a quien le interesen los pormenores de mi vida. Quién sabe cuántos hombres hay como yo, que no tomarán conciencia de su condición hasta verse reflejados en mí.

Para que se entienda hasta qué punto me veo distinto de la gran mayoría de las personas, no bastaría que mi confesión comenzara el día que conocí a mi difunta esposa, sino que debo remontarme a aquellas experiencias que me permitieron vislumbrar por primera vez las tinieblas de mi espíritu.

Nunca he tenido una memoria especialmente buena y ya no recuerdo mi juventud como una sucesión continua de acontecimientos. Tan solo me han quedado grabadas situaciones puntuales, casi siempre negativas, que me causaron una fuerte impresión.

Una de mis primeras y más dolorosas experiencias fue mi ingreso en la escuela primaria. Las pocas imágenes que aún soy capaz de evocar me remiten a un espacio grande y sombrío ocupado por una caterva de niños bulliciosos bajo la tutela de un maestro con muy mal genio. Al frente de la clase hay una enorme pizarra negra, y de las tristes paredes grises cuelgan mapas mudos de colores pálidos. Pero lo que sí recuerdo con nitidez es que me sentía pequeño, débil e insignificante, abandonado y perdido ante una jauría hostil, como el conejito de uno de mis libros infantiles, arrojado vivo a la jaula de las fieras. Enseguida tomé conciencia de que todos aquellos ojos me miraban de forma amenazante, y aunque ya han pasado más de veinticinco años desde entonces, nada ha podido borrar esa impresión de hostilidad. Aún hoy, cuando deseo establecer relaciones so-

ciales, me siento como si tuviera que entrar en la jaula de las bestias, y la razón nunca me permite reprimir el recelo con el que me acerco a mis semejantes.

No tardó en llegar mi primera pelea, o mejor dicho, el primer conflicto que debería haber desembocado en una pelea, pero que concluyó con mi huida.

Durante mucho tiempo, mi carácter esquivo y mi instinto me bastaron para evitar a los chicos más grandes y fuertes que yo. Pero la insistencia con que uno de ellos me estuvo provocando durante una temporada acabó llevándome a soltarle un puñetazo en un arrebato de cólera.

—¡Lo vas a pagar caro! —me advirtió.

Al salir de clase, cuando oí la bravuconería con que elevaba la voz detrás de mí en la escalera, comprendí lo que iba a ocurrir fuera. En un primer momento surgió en mi cabeza la idea de ofrecer resistencia, pero... ¡con qué poca convicción!

Al llegar abajo miré a mi alrededor aturdido por el miedo, y cuando vi su rostro moreno y anguloso asomar en la puerta por encima de otros chicos más bajos que él, ya había descubierto en la distancia a un agente de policía que pasaba casualmente por allí. Eché a correr hacia él y, sin decir nada, me puse a caminar a su lado. El agente me miró, pero no me preguntó nada. La tropa de mi rival nos siguió un rato desde una distancia... y en aquel momento comprendí que era un cobarde.

Cuántas veces he oído afirmar que basta con saber cuáles son tus defectos para poder corregirlos. ¡Pero qué poco se conocen quienes así hablan!

Supongamos que un avaro, avergonzado por su mezquindad (de la cual es muy consciente), se pone a repartir dinero a manos llenas. De esta forma parecería haberse vuelto generoso, pero ¿no sería todo más que pura apariencia? En lo más profundo de su corazón, ¿no seguiría sintiendo siempre aversión a la munificencia, actitud que defi-

ne al avaro? Aunque un sordomudo aprenda a interpretar un mensaje hablado, eso no significa que pueda oír.

Más adelante seguí sin vencer mi cobardía. Por ejemplo, nunca me decidía a entrar en una sala llena de gente sin haber comprobado antes que nadie reparaba en mí. Siempre me arredro ante lo nuevo y desconocido, pero al mismo tiempo, nunca he dejado de anhelarlo. En mi alma abundan este tipo de contradicciones. Suspiro por vivir emociones, pero rehúyo todo aquello que pueda perturbar la serenidad de mi espíritu.

Soy consciente de que esta confesión de cobardía pondrá a todos los lectores en mi contra. Pero, ¿no comprenden, en su injusticia, que yo hubiera preferido ser valiente? ¿Tiene algún sentido juzgar a un hombre por defectos físicos o psíquicos de los que no tiene culpa alguna? ¿Acaso piensa alguien que le resulta grato cargar con ellos? ¿Qué placer hay en sentir el desprecio ajeno?

La cobardía es el gusano inexpugnable que ha socavado todos mis deseos hasta impedirme alcanzarlos, y mis noches más angustiosas siguen siendo aquellas en que, atormentado por un sueño, vuelvo a entrar por primera vez en el colegio, o huyo por la puerta de atrás ante la amenaza de alguien más fuerte y con más arrojo que yo.

De joven, por supuesto, no se me ocurría pensar que mi apocamiento fuera a resultar invencible. Al contrario, estaba convencido de que desaparecería por sí mismo a medida que aumentara mi conocimiento del ser humano y de las cosas de este mundo. Daba por hecho que la experiencia acabaría eliminándolo, cuando lo cierto es que habría de ser precisamente ese rasgo de mi carácter lo que me impediría acumular experiencias. Mi razonamiento habría sido correcto, tal vez, si algún acontecimiento fortuito hubiera obrado un pequeño cambio en mí. ¿Qué habría pasado, por ejemplo, si no hubiera encontrado a un policía a la salida del colegio, o los chicos me hubieran cerrado el paso? En tales circunstancias me habría visto obligado a defen-

derme. Y si mi primer oponente, tras recibir un puñetazo casualmente certero, se hubiera retirado amedrentado, ¿quién sabe cuánto valor me habría infundido la confianza así obtenida?

Con un poco de disciplina bien administrada, mis padres tal vez podrían haberle dado un giro positivo a mi desdichada existencia. Ahora bien, ¿alguien se pregunta, antes de contraer matrimonio, si está capacitado para administrar disciplina? El hombre y la mujer no procrean por altruismo, sino para satisfacer su anhelo de un muñeco con el que jugar. Ese es el verdadero motivo por el cual se nos impone la obligación de vivir.

Siendo adolescente solía fantasear sobre un ideal de hombre siempre seguro de sí mismo, y como presentía que yo nunca alcanzaría tal excelencia, me esforzaba al menos en aparentarlo.

Aquellos fueron, que yo recuerde, mis primeros intentos de ocultar mi verdadera naturaleza tras la máscara de un personaje. Con el tiempo, llegaría a meterme tanto en mi papel, que, por mal actor que fuera, nunca más he sido capaz de volver a ser yo mismo, sin artificios. Si lo intentaba, me daba la impresión de haber perdido toda forma de identidad propia, como si no fuera más que un organismo carente de alma, sin preferencias, aversiones, opiniones o afanes. Sin embargo, algo dentro de mí me impelía continuamente a ocultar mis auténticas preferencias, aversiones, opiniones y afanes, por considerarlas anómalas, indignas de la vida en sociedad. Y cuanto mejor aprendía a ocultar mi verdadero yo tras un *personnage de circonstance*, mayor indiferencia sentía por la perversidad de mis instintos y mis actos, siempre y cuando pasaran desapercibidos. Nunca he sentido remordimientos, más allá de los causados por alguna metedura de pata puntual.

Mentir es una de las consecuencias inevitables de interpretar un personaje. Pero yo, además, mentía sin necesidad, sin motivo alguno. A nadie le extraña que un niño,